CAPÍTULO IV. *De cómo los mexicanos padecieron muchos trabajos en este sitio de Chapultepec y lo desampararon y se metieron en otro, llamado Acocolco, más dentro de la laguna*

UESTOS LOS MEXICANOS en este lugar de Chapultepec, aunque es verdad que venían cansados, destrozados y afligidos con el largo camino que trajeron, no por eso dejaban de multiplicarse y crecer en número, como los hijos de Israel en Egipto, del rey Faraón. Y como los comarcanos viesen la multiplicación y crecimiento en que iban, comenzaron a ofenderle y hacerles guerra, con intención de destruirlos y acabarlos, para que su nombre no se supiese sobre la haz de la tierra, ni estableciesen en ella su generación.

Los primeros que después de situados en aquel lugar les hicieron guerra y persiguieron fueron los de Xaltocan, cuyo capitán y señor era Xaltocamecatl Huixton; el cual no cesaba de continuo de inquietarlos y todos cuantos podía cautivaba. Viéndose estas gentes tan apretadas y oprimidas, determinaron de buscar lugar que él mismo, con poco trabajo de ellos, los defendiese, el cual hallaron dentro de la laguna, entre carrizales y espadañas y así lo eligieron; porque con las continuas guerras que los enemigos les hacían, no solamente los iban consumiendo; pero los que quedaban se hallaron tan pobres y desarrapados, que ya no sólo no hallaban mantas de nequén que ponerse; pero ni cuero de venado con que cubrirse; por cuya causa vestían de hojas y raíces de una yerba que se cría en la laguna, llamada amoxtli. Metidos en este lugar tan estrecho y chico consideraban su aflicción y mala ventura y lloraban su apretada y estrechada suerte. Y en esta vida pasaron cincuenta y dos años, sin otros diez y siete que habían estado en el sitio de Chapultepec.

A cabo de este tiempo (según dicen algunos) vino a ellos un capitán culhua, de la ciudad de Culhuacan, legua y media o dos leguas de este mismo sitio de Acocolco, y hablándoles con palabras dulces y amorosas les dijo: que se fuesen a su pueblo, que allí les daría sitio en que morasen y tierras donde se extendiesen y viviesen contentos. Era este ofrecimiento con grande cautela y fraude que no pretendía más de verlos fuera de aquel fortalecido lugar, para consumirlos y acabarlos con la traición que les tenía armada. Los miserables de los mexicanos, que oyeron el reclamo del ofrecimiento y sabían por experiencia el grande mal que pasaban, no sospechando el fraude con que el capitán venía, todos lo agradecieron y muchos de ellos lo acetaron (porque el triste y afligido, cuando se ve en la aflicción, no repara en palabras falsas, sí imagina y cree que en la pronunciación de ellas está su remedio). Finalmente todos los que creyeron al traidor se fueron con él sin recelo de la traición ordenada. Pero luego que llegaron a la ciudad de Culhuacan, en vez de recibir regalo y sitio en qué morar, fueron presos y cautivos todos, y muchos de ellos ofrecidos en sacrificio al demonio.

Otros cuentan este caso de otra manera (y a mi parecer es más llegado a la verdad). Lo cual, dicen por este modo, que agraviados los culhuas de ver aquella gente forastera en aquel lugar sin que pagasen tributo, ni pecho, los quisieron sujetar para que lo pagasen, por cuya causa les hicieron guerra. Y en una de las batallas y refriegas que con ellos tuvieron, vencieron a los más y prendieron a Huitzilihuitl que a diferencia del que después fue rey se llamó el Viejo. Este Huitzilihuitl era por entonces, entre todos ellos, el de más cuenta y reconocimiento; y es así porque en esta sazón era hombre de más de ochenta años, pues por lo pasado sabemos haber nacido viniendo los mexicanos marchando de Tzumpanco para la laguna, cuyo padre fue Ilhuicatl, hijo de Tuchpanecatl, señor del pueblo de Tzumpanco.

Este Huitzilihuitl tenía una hermana llamada Chimalaxochitl, la cual, viendo preso a su hermano y que ella con casi todo el pueblo iban cautivos, llorando su desgracia y como adivinando lo por venir y futuro, dijo: ésta es mi suerte y ventura; nosotros vamos cautivos, pero tiempo vendrá que haya en nuestra familia quien vengue estos agravios. Y habiendo pasado algunos años de su cautiverio, murió Huitzilihuitl, en tiempo que señoreaba aquella república de Culhuacan, Coxcoxtli.

CAPÍTULO V. *De cómo el emperador Quinatzin-Tlaltecatzin hizo señor de Tenayucan a su tío Tenancacaltzin; y de una guerra que tuvo con los metzcas y tototepecas*

L EMPERADOR TLALTECATZIN que se había criado en la ciudad real de Tetzcuco, estando agradado de su buen asiento y cielo, no quiso dejarla, ni asistir en la imperial de Tenayucan y así (como antes hemos dicho), luego que murió su padre Tlotzin, habiéndole hecho sus honras, se partió a Tetzcuco a ser jurado, donde fue con la majestad y grandeza que dejamos referido en el libro pasado. Pero porque la ciudad de Tenayucan no quedase agraviada, por verse sin señor, ordenó el prudente emperador de dársela en tenencia a un tío suyo, hermano de su madre, llamado Tenancacaltzin, que fue el que salió a reconocer los mexicanos, cuando venían entrando y no sólo entonces; pero después, en ocasiones, les hizo mucha guerra.

No sólo tomó por motivo el emperador de pasar la corte a Tetzcuco el haberse allí criado y tener particular afición al lugar, sino porque tenía allí junto otros dos reyes poderosos; el uno en Huexotla, media legua de esta ciudad, llamado Tochin y por otro nombre Ihuimatzal (que algunos dicen que era hermano éste del emperador) y media legua adelante de éste, otro, llamado Huetzin, en la ciudad de Cohuatlichan, deudo muy cercano suyo, los cuales quiso tener a la mano; lo uno por favorecerse de su poder, cuando en ocasiones se le ofreciese; y no pasó mucho tiempo después de